

ADELE RICCIOTTI

Método y simbología en la razón poética de María Zambrano

The method and symbolism of the poetical reason by María Zambrano

Como la misma María Zambrano admite, sobre la Razón poética “es muy difícil, casi imposible hablar”¹: el *dinamismo* propio de la razón buscada por Zambrano, y la *vivencia* que le sirve de guía y sustento, no pueden ser sometidos a las categorías fijas del análisis interpretativo sistemático, y resultan reacios a toda descripción analítica “tradicional”.

Su objetivo primordial es salvaguardar la esencia de un pensamiento que capta las cosas en sus estados nacientes y que acompaña la vida en su *revelarse* a sí misma. El método de tal razón no puede adaptarse al de la tradición filosófica occidental, sino que debe descubrirse dentro del vivir según la revelación; dentro del espacio que media entre el *descenso* al *sentir originario* y la iluminación de una conciencia *auroral*: la de Zambrano siempre es *razón mediadora*². Como la *verdad* es lo que germina – lo que se hace visible en el instante de su nacimiento – el *logos* que quiere ser *verdadero* ha de coger este acto en su posibilidad de actuación, en su modo de abrirse, aunque resulte irrealizable su total de-velación. Entonces, la *verdad* nunca se puede definir dentro de una *unidad* ya preestablecida sino que ha de ser descubierta cada vez *re-naciendo* con una renovada conciencia que acompaña la vida rescatando sus raíces sagradas y su misterio.

Zambrano siempre se muestra crítica frente a la filosofía occidental que no ha sido capaz de relacionarse con el auténtico ser del hombre y ha fracasado en su de-

¹ M. Zambrano, *Notas de un método*, Mondadori España, Madrid, 1989, p. 130.

² “La razón mediadora es conjunción, conjugación de no ser y ser, incluye el tiempo, se mueve entre el, desciende y asciende por la escalera del tiempo” (Inédito de María Zambrano catalogado como [M-140] y conservado en la Fundación María Zambrano de Vélez-Málaga).

ber de “guía” porque es esclava del “delirio de deificación”³. Ella hace ver cómo su *razón poética* puede comprender la totalidad del ser llegando mediante la reflexión y la interpretación a sus dimensiones escondidas: éstas son las que nunca se pueden racionalizar, las que sólo se pueden „acoger” mediante una predisposición diferente, un método diferente que sepa hacerse “relación viva” reflejando la relatividad que la vida y el ser mismo son⁴.

Lo más característico del método propuesto por Zambrano es su movimiento de *ir y venir*, una “ida y vuelta” desde las regiones del *sentir originario* donde siempre la razón poética quiere empezar su trayecto. Éste es el mismo movimiento que la *poesía* realiza, descendiendo a los infiernos del ser y descubriendo lo que está *más allá* de lo conocido. Pero la razón poética transita sin quedarse, como la poesía, en las oscuridades de la realidad – su partes más íntimas –, volviendo a la “superficie” donde se hace posible la reflexión, la interpretación de lo *sagrado*⁵. Porque siempre a la razón, aunque sea “poética”, se le pide que sostenga el peso de semejantes descubrimientos, que pretenden también una forma de claridad.

Definido por la misma pensadora como un *logos órfico-pitagórico* – heredero de la noción de *logos de Manzanares* de Ortega y Gasset⁶ –, la razón poética co-

³ “Europa no hereda de Grecia sus dioses ya desacreditados y consumidos por la filosofía griega. Su Dios le viene de un pueblo semita; es, de todos los dioses, el Dios creador por excelencia. El que ha sacado al mundo de la nada. Él ha sido el verdadero Dios de Europa, el Dios de un «pueblo elegido» por Él para salvar a todo el universo. Dios creador, pero que perdió al hombre y con él al mundo. Pues el hombre, criatura predilecta, también se rebeló, y al hacerlo desposeyó a Dios del mundo que creara para su gloria. El «seréis como dioses» de la serpiente despertó en el hombre su deseo de suplantar a Dios en el mundo, de ser Dios dueño de un mundo que él no había creado”, M. Zambrano, *La agonía de Europa*, Trotta, Madrid 2000, p. 47.

⁴ “El conocimiento en un ser viviente ha de ser una relación viva [...]. Puesto que lo que venimos indicando es que el pensamiento es mucho más que el uso del concepto, del juicio, del razonar y aun de la intuición. El pensamiento abarca más que lo que se entiende por intelectual. O bien, el pensamiento es sentir, y dentro de este genérico sentir, anhelar y esperar. [...] el pensamiento no funciona plenamente sino cuando se enraíza con este sentir originario, ‘a priori’ de la condición humana [...]. La razón o no existe o es mucho más amplia y plural en sus modalidades de lo que se suele entender y admitir”, ead., *El pensar sistemático: indicio, símbolo, razón*, 1966, [M-129].

⁵ “Mas, la sola poesía no alcanza a lo divino, que la Filosofía logra en sus instantes supremos, cuando está apunto de negarse a sí misma despojándose de su ser que es la razón. La poesía sin milagro no lo puede realizar, ya que es cuerpo, resistencia, cuajada continuidad. La poesía permanece en lo sagrado y por ello requiere, exige, estado de permanente sacrificio. Mas, tratándose de la poesía, la captación es un adentramiento, una penetración en lo todavía informe. La poesía no es contemplativa primariamente, puesto que es acción antes que conocimiento”, ead., *La Cuba Secreta*, in “Orígenes”, 20, La Habana, 1948, p. 6.

⁶ “Un logos que constituye un punto de partida indeleble para mi pensamiento, [...] un *logos* que se hiciera cargo de las entrañas, que llegase hasta ellas y fuese cauce de sentido para ellas [...]. En un *logos* órfico, aunque Ortega no lo presentara nunca así, y aun rechazase el lamento de Eurídice. La senda que yo he seguido, que no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica, no debe

incide con un pensamiento que sin estabilizarse en un “absoluto” sigue “musicalmente” sus propias notas, avanzando sin ver la finalidad de su senda. Este proceder representa lo contrario al método que nació con Parménides⁷, el “camino recto”, o sea una “esfera” total y perfecta que no deja espacio para lo demás. Si la filosofía occidental fracasa en su incapacidad de apertura a lo *extraño*⁸, a lo que no puede explicarse dentro del absolutismo del concepto o del sistema, la razón de Zambrano busca los *vacíos* entre los cuales se realiza la “circulación” del pensamiento. Así que este movimiento de la razón poética resulta no solamente un *ir y venir*, sino además un camino que avanza en *espiral*: se derrama acercándose a un *centro* y desplegándose hasta donde la relevación sobreviene, manteniendo la armonía heraclitiana de los contrarios⁹, la convivencia de la multiplicidad y de la ambigüedad del ser.

La imagen de la *espiral* es fundamental para comprender el método de Zambrano y puede ser útil la comparación con el símbolo estudiado por el islamólogo R. Guénon, uno de los más influyentes pensadores en los últimos escritos de Zambrano. En su *Le symbolisme de la Croix*¹⁰, Guénon explica cómo la *espiral* representa la constitución del Ser en la multiplicidad de sus modos: si el eje vertical muestra la dirección de la realización del Ser (simbólicamente hacia el Cielo), las rotaciones en espiral en torno de ésta simbolizan los estados atravesados durante la existencia. Zambrano vuelve a proponer la misma imagen para

ser, en modo alguno, atribuida a Ortega. Sin embargo, él, con su concepción del *logos* (expresa en el «*logos* del Manzanares»), me abrió la posibilidad de aventurarme por una tal senda en la que me encontré con la razón poética; razón, quizá, la única que pudiera hacer, de nuevo, encontrar aliento a la filosofía para salvarse – al modo de una circunstancia – de las tergiversaciones y trampas en que ha sido apresada.”, ead., *De la Aurora*, Tabla Rasa, 2004, Madrid, pp. 186–187.

⁷ “Parménides es el que primeramente enuncia que el pensamiento constituye en principio la filosofía: el método”, M. Zambrano, *Notas de un método...*, p. 27. Es notorio que María Zambrano nomine con “racionalismo” toda la tradición filosófica nacida con Parménides, y que continúa hasta Hegel, caracterizada por la búsqueda de la *unidad*: tal actitud conduce a la pretensión de la explicación total del ser, a la *identidad*, y su consecuencia es para la pensadora reconocible en la tragedia que ha llegado a ser la historia moderna. La voluntad de “ser” que el pensamiento persigue se traduce con la divinización del individuo y, por supuesto, de la historia, contrasignada por la idolatría del poder.

⁸ “Ha sido una especie de imperativo de la filosofía, desde su origen mismo, el presentarse sola, prescindiendo de todo cuanto en verdad ha necesitado para ser. Mas lo ha ido consumiendo o, cuando así no lo conseguía, lo ha dejado en la sombra, tras de su claridad”, *ibid.*, p. 15. El término *extraño* a veces es utilizado por Zambrano para referirse a la realidad originaria, oculta y escondida que ella identifica con el *apeiron* de Anaximandro, pero en un contexto que quiere resaltar la actitud de renegación propia del pensamiento filosófico tradicional hacia esta dimensión humana, en verdad la más auténtica en donde el hombre pueda comprenderse.

⁹ María Zambrano describe la filosofía de Heráclito como “uno de esos geniales momentos en que lo sagrado se define y, al par, el alma humana que lo confiesa como su íntima fe”, ead., *El hombre y lo divino*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2005, p. 140.

¹⁰ R. Guénon, *Le Symbolisme de la Croix*, Éditions Traditionnelles, Paris 1947.

representar el movimiento del vivir que en su actuación revela la multiplicidad de los estados, de las dimensiones del ser: “Pues la vida es como una columna o espiral que asciende creando planos nuevos. Es verdadera y propia creación”¹¹.

Ahora bien, la parte más importante de la simbología de la *espiral* es la del *centro*: el *centro* es donde se encuentra la revelación de la *persona* – quien llega al reconocimiento del propio ser –. Sólo el *centro* testimonia el equilibrio entre *ser* y *vida*, entre *ser* y *realidad*, que se realiza por *instantes*. Y sólo en un instante se produce la revelación de la *unidad* de la persona: la *unidad* nunca definitiva, al ser el hombre quien “falta de ser” y está destinado a su continua búsqueda. El *centro* es el lugar – lo único – donde la visión de sí mismo se cumple sin la ilusión creada por el pensamiento filosófico tradicional; donde la visión es inocente porque es “pura”, sin pretensión ni voluntad de totalidad.

La función del centro bien se puede ilustrar por medio de otra imagen utilizada por Zambrano, la de la *llama*: la llama es fuente de luz, tiene un centro oscuro y negro, donde la visión es imposible pero es lo que ilumina el entorno y lo que hace posible la visibilidad misma:

Habría por tanto que distinguir entre lo que se presenta como claro y lo que en su palpitar oscuro crea claridad. Tal como el centro oscuro de la llama que ilumina, la llama que hace ver además de todo lo que ilumina la pasión propia de la luz que ante nuestros ojos se hace, de la luz que ha de ser alimentada, enderezada. Una luz de la que el sujeto *participa haciéndola*, no recibéndola en modo inerte: la verdad viviente que sólo aquel que la mantiene y en ella está dispuesto a quemarse puede ofrecer. Un símbolo o al menos una imagen de la experiencia que sólo reencendiéndose en una fe inicial llega a darse. Ya que la fe es semilla, razón viviente¹².

La imagen de la llama aclara perfectamente lo que Zambrano quiere resaltar una y otra vez, es decir, la diferencia entre dos tipologías de claridad: la de la filosofía racionalista y la *otra*, la que se pone entre la oscuridad de las *entrañas* y la luz de una conciencia que no las abandona sino que las salva sin borrarlas, lo que sí

¹¹ M. Zambrano, *Los sueños y el tiempo* (1960), Siruela, Madrid 1998, p. 155. La figura de la espiral está presente también en *Los Bienaventurados*, Siruela, Madrid 2004, p. 27. Además, en una carta a A. Berman, de 15 junio 1970, Zambrano explica la relación entre el tiempo, la verdad y la imagen espiral de la existencia: “La razón verídica es esa: el tiempo no corre como un río, sino que es más bien como un árbol, y como el tronco del árbol va envolviéndose en capas concéntricas. Es la existencia del centro la que determina estos círculos, estas envolturas. Y todo lo que se hace de verdad es así”.

¹² Ead., *La experiencia de la historia (después de entonces)*, en *Los intelectuales en el drama de España*, Trotta, Madrid 1998, p. 80. Es importante tener siempre presente la diferencia que establece Zambrano entre “sistema”, la forma propia de la filosofía tradicional que no puede coincidir con la totalidad de la verdad humana, y la imagen derivada de la “visión” que se ofrece en la revelación: “Visión y no sistema, porque se trata de visión de la propia vida que no puede ofrecerse en sistema. La vida tiene siempre una figura, que se ofrece en una visión, en una intuición, no en un sistema de razones”, ead., *La perplejidad*, “Diario 16 (Suplemento »Culturas«)”, 19 octubre, 1986, Madrid, p. 16.

hace el acto de la definición. La razón poética es *auroral* exactamente por esta capacidad de mediación que mantiene la conexión de los dos reinos en los cuales el hombre vive. Ésta se hace *aurora* por su actitud de seguir el dinamismo del vivir que se genera desde el sentir originario que vincula al hombre con la dimensión de lo sagrado, la dimensión que ha de ser recuperada cada vez se quiere “pensar y vivir desde la verdad”¹³.

Una mediación igual es la que efectúa la memoria, llamada por Zambrano “nodriza y madre del pensamiento”¹⁴: ésta es la facultad esencial para el conocimiento de uno mismo porque es el vehículo por medio del cual la conciencia se mueve entre la *multiplicidad de los tiempos*, construyendo puentes entre las diferentes dimensiones del ser. El tiempo está lejos de la definición de “tiempo lineal”, ya que por el contrario se desplegaría entre un pasado que siempre ha de ser recuperado y un presente que encuentra su verdad en la revelación del *re-nacer*: renaciendo cotidianamente desde la “pureza” de la revelación del ser, el pensamiento sigue conservando la verdad del *estado naciente* y acompañando al individuo en sus sucesivos renacimientos y revelaciones sin “fijarse” en un absoluto que no lo refleja. La razón poética puede así realizar la tarea de “guía” que Zambrano pretende que tenga la filosofía. Naturalmente, la imposibilidad de definir conceptualmente un modo de proceder que tanto diverge de lo “recto y lineal” de la tradición racionalista comporta el uso de figuras e imágenes que puedan explicar mejor lo que se entiende. Éste es otro de los motivos de ciertas elecciones estilísticas en los últimos textos de Zambrano: solo por medio del símbolo consigue clarificar plenamente lo que entiende por razón poética.

Es importante recordar que los últimos escritos de Zambrano – los más simbólicos y herméticos – derivan de reflexiones nacidas en el periodo que la autora transcurrió en Roma (1953–1964), donde tuvo ocasión de profundizar en temas gnósticos, animada por amistades como la de Elemire Zolla¹⁵. Entre sus lecturas de este periodo se pueden recordar, además de al ya mencionado René Guénon, a Louis Massignon¹⁶,

¹³ Ead., *Delirio y destino*, Editorial Centro Estudios Ramón Areces, Madrid 1998, p. 30.

¹⁴ Ead., *Notas de un método...*, p. 83.

¹⁵ La amistad entre María Zambrano y Elemire Zolla empezó en Roma y continuó toda la vida, lo que testimonia una correspondencia ininterrumpida. Unos fragmentos de estas cartas han sido publicados en la revista italiana *Humanitas*, 3, Brescia, mayo-junio 2003, pp. 441–452.

¹⁶ L. Massignon, leído por la primera vez en el 1932, en la “Revista de Occidente”, fue muy estudiado por Zambrano más tarde, en 1955, y ella misma declara en una carta del 1973 a Lezama Lima: “Louis Massignon es el único maestro que desde hace larguísimo años he encontrado” (en J. Moreno Sanz, *Encuentro sin fin*, Endymion, Madrid 1998, p. 117). Parece interesante que 1955 sea el año de la muerte de Ortega y Gasset: en cierto modo, el camino de Zambrano demuestra separarse definitivamente de los residuos del racionalismo empírico-vital que la ligaban al maestro, para orientarse hacia temáticas casi opuestas, caracterizadas por aquel simbolismo órfico-pitagórico que la autora ya había proclamado como su verdadera vocación. Sobre la confesión de un consciente cambio de su pensamiento es testigo también la carta a Agustín Andreu, de 10 agosto 1975: “En mi

Marius Schneider y a Henry Corbin¹⁷. También por medio de los escritos de estos autores, Zambrano indaga en el mundo de las antiguas simbologías recuperando figuras que irán poblando sus últimos textos: figuras idóneas de lo que ella entiende como representar sin la reducción que el uso de la definición sistemática comportaría.

Por lo tanto, además de la *espiral*, es interesante recordar otras imágenes que se repiten en obras fundamentales de María Zambrano como *Los Bienaventurados*, *Claros del bosque* y *De la Aurora*. Como la misma Zambrano afirma, el símbolo resulta un “lugar de revelación”¹⁸ por su acción mediadora: espacio y tiempo se unifican creando una particular dimensión donde queda abolida la oposición entre sujeto y objeto. Se comprende entonces cómo el símbolo no solo tiene una función expresiva, sino que es un canal a través del cual la razón poética llega a los reinos oscuros del ser, que así se revelan. Pero la revelación la obtiene quien es capaz de reconocerla y conservarla; es decir quien sabe que la vía racional llega hasta un punto a partir del cual solo medios como el símbolo pueden seguir avanzando. El análisis del valor de los símbolos en los textos de Zambrano permite comprender el método de la revelación por el cual actúa la razón poética: sin pretensión de totalidad sino de guía que acompaña a cada persona en su propia interpretación.

Un símbolo fundamental en todo el pensamiento de Zambrano es el del *centro*. Como se ha señalado antes, el *centro* indica el punto desde el que se abre una visión “pura” y justa del propio ser, así como desde el que se puede *re-nacer* pensándose a sí mismo desde la *verdad*. Quien llega al *centro* es la *persona*. Así, el *centro* es término esencial para Zambrano porque indica al individuo que alcanza el estado éticamente más alto, donde es posible reconocerse en la propia condición de “mendigo del ser”. Como el ser del hombre nunca es completo, entero, en contra de lo que la filosofía occidental persigue, la revelación más *verdadera* se verifica cuando se reconoce la propia “imposibilidad de ser”¹⁹. Esto puede pa-

mente ya no pueden aguardar más sin nacer pensamientos o, más bien, un pensamiento y su despliegue hace ya largo tiempo concebido – Roma 1955 –”. (A. Andreu, *Cartas de La Pièce*, Pretextos & Universidad Politécnica de Valencia, 2002, p. 275).

¹⁷ María Zambrano conoció personalmente a H. Corbin en el 1962, durante el Congreso de Royaumont (Francia) titulado “Les Rêves et les Sociétés Humaines”, o sea en el periodo en el cual estaba investigando el tema del sueño.

¹⁸ M. Zambrano, *El pensar sistemático: indicio, símbolo, razón*, junio 1966, [M-129]. Un extracto del manuscrito ha sido publicado en la antología de J. Moreno Sanz, *La razón en la sombra*, Siruela, Madrid 2004, pp. 114–125. Además cf., sobre el tema de la acción unificadora del símbolo, el ensayo de M. Zambrano, *Los símbolos*, en “Semana”, 292, diciembre 1963, pp. 4–5.

¹⁹ Zambrano rebate la famosa afirmación de Simone Weil declarando: “»Le vie est impossible«, ha dicho Simone Weil [...]. Mas, en verdad, ser es imposible” (*El sueño creador* (1965–1986), Turner, Madrid 1989, p. 52). Para la referencia a S. Weil se remite a *La pesanteur et la grace*, Librairie Plon, Paris 1947.

sar solamente en un *instante*²⁰, cuando hay un perfecto equilibrio entre ser, realidad y vida.

Desde luego, este valor atribuido al *centro* no es una novedad, y encuentra su confirmación en los estudios que un autor como R. Guénon realizó en profundidad en su obra; y sobre todo en relación a otro importante símbolo de la tradición gnóstica: la *cruz*. En su ya citado *Le Symbolisme de la Croix*, el autor explica cómo en la imagen de la cruz llega a figurar la totalidad del Ser, y su *centro* es el punto donde se resuelven todas oposiciones y contradicciones de la realidad. En cada tradición religiosa el *centro* representa la “Unidad primordial” a la cual se ha de volver: la “Identidad suprema” anterior al principio de la historia y de la diferenciación.

Zambrano hace un homenaje explícito de Guénon en su fragmento *El punto oscuro y la cruz de Claros del bosque*. Lo que ella describe es el sentido de la *cruz* tal como lo había analizado Guénon, es decir, imagen del Ser que se despliega por medio del tiempo terrestre (eje horizontal) y de la eternidad (eje vertical), constituyendo “múltiples dimensiones”. La *identidad* del ser – imposible en modo definitivo – se alcanza en el *instante* representado por el *centro* de la cruz, donde se cruzan las dos dimensiones humanas, la histórica y la trascendente: “Y si siempre fuera así, si siempre el ser humano se mantuviera extendido en esta cruz, viviría de verdad. [...] Mas mientras tanto, el corazón aún oscuro, con su pasividad, un vaso con su vacío nada más, tendría que ser el centro, sin someterse al yo que lo suplanta”²¹.

En su *La tumba de Antígona*, Zambrano cita a Guénon en relación a la imagen de la cruz, pero acentuando el sentido de la salvación de la historia: ésta pasa de *sacrificial* a ética por medio de la conversión del ser humano que funda el valor de la *persona*²². La de Antígona, que representa a quien puede revelarse y donar la revelación a lo además por medio del completo rescato de los errores de la *historia trágica*, es una cruz “desasosegada” porque le falta la dirección vertical que indica la transcendencia. A través de la acción de rescato cumplida por Antígona se restituye “simbólicamente” la dirección vertical, para convertir a la historia *apócrifa* en *verdadera*²³. Por medio de este símbolo, Zambrano muestra la

²⁰ “[...] ya que toda revelación se da en un instante”, M. Zambrano, *Notas de un método...*, p. 83.

²¹ Ead., *Claros del bosque*, Seix Barral, Barcelona 2002, p. 127.

²² Toda reflexión de Zambrano se fundamenta sobre la dialéctica *personaje – persona*: el *personaje* es el hombre que no se conoce pero “quiere ser” de un Ser absoluto, divinizando a sí mismo. La historia poblada de personajes es la *historia trágica*, consecuencia del delirio de deificación que el pensamiento cumple ya desde el nacimiento de la filosofía con la pregunta sobre el “ser de las cosas” por Parménides. *Persona* es quien reconoce la propia condición de “ser carente” y convierte la historia en *historia ética*, rescatando también los errores del pasado y los crímenes consecuentes. Sin duda, detrás de esta interpretación está la experiencia de la Guerra Civil y del conflicto bélico que Zambrano vive y padece como exiliada.

²³ “Y así la historia apócrifa asfixia casi constantemente a la verdadera, esa que la razón filosófica se afana en revelar y establecer y la razón poética en rescatar. Entre las dos, como entre dos

verdadera acción moral de su razón poética que, como mediadora, es capaz de rescatar los errores de la historia desentrañando su sentido.

En el *Prólogo*²⁴ de la misma obra, Zambrano introduce otro símbolo importante que va ligado al de la *cruz*: la *balanza*. La imagen de la *balanza* aparece a menudo en sus escritos, a ella dedica un fragmento en *De la Aurora*²⁵, una referencia a su *centro* en *Claros del bosque*²⁶ y un párrafo de *Notas de un método*. En este último, Zambrano expone la distinción fundamental entre *centro* y *horizonte*: si el *centro* representa la unidad del Origen – la perfección perdida –, “lugar de la eterna presencia”²⁷, el *horizonte* es el lugar de la libertad y de la historia. Entonces, la *balanza* es el equilibrio posible que se realiza cuando ya ha empezado la historia; y su *centro* es la señal de la perdida unidad, “un solo punto de recogida claridad lo establece. [...] Una Tierra intermediaria [...]. Una tierra preciosa que no tiene por propiedad la extensión”²⁸.

La referencia a la “unidad perdida”, es decir, a la condición de Adán antes de la caída en la historia – lugar donde el hombre empieza la búsqueda de propio ser – conduce a otros dos símbolos utilizados por Zambrano: el del *Albor* y el de la *Sierpe*:

La Sierpe, o algo en figura serpentina, es en nuestra tradición religiosa occidental, incluido el Islam ortodoxo, y reduplicadamente en el gnosticismo ofídico judío y greco-cristiano, la suprema iniciadora, de la cual el primer hombre – ya en dualidad de hombre y mujer – recibió el camino, el humano camino, cayendo, del estado de naturaleza en el que no había camino alguno, a la historia [...]. Es la inicial salida, del *lugar del ser* al camino²⁹.

maderos que se cruzan, sufren un suplicio las víctimas propiciatorias de la humana historia. Ya que en el símbolo de la cruz podemos encontrar el eje vertical que señala la tensión de lo terrestre hacia el cielo, como la línea más directa de influjo del cielo sobre la tierra, eje igualmente de la figura de la humana atención en su extremada vigilia, y de la decisión en su firmeza. Y en el eje horizontal la dirección paralela al suelo terrestre en que el mismo suelo se alza y aprisiona los brazos abiertos, signo de la total entrega del mediador; de esa entrega completa de su ser y de su presencia, en virtud de la cual el ave puede ser capturada, suplicada (V. R. Guénon, *Le symbolisme de la Croix*). Y la historia misma apócrifa se encarga de que tal figura sin dejar de ser una cruz se desfigure y sea un aspa. Pues que en la cruz aspada los dos ejes aparecen con el mismo valor y se ha abolido, además, la dirección vertical que es la que a los servidores de la historia apócrifa más les desasosiega.”, M. Zambrano, *La tumba de Antígona*, Litoral, Málaga 1989, p. 30.

²⁴ Ivi, p. 34.

²⁵ M. Zambrano, *La balanza de la Aurora...*, p. 88.

²⁶ Ead., *Claros del bosque...*, p. 69.

²⁷ Ead., *Notas de un método...*, p. 41.

²⁸ Ead., *De la Aurora...*, p. 88.

²⁹ Ead., *Notas de un método...*, pp. 34–35. Además, escribe Zambrano sobre la sierpe en el capítulo *El árbol de la vida. La sierpe* de *Los Bienaventurados* (Siruela, Madrid 2004, pp. 19–20: “La sierpe de la vida ha salido a la luz como una firma imborrable, como una advertencia de alguien a quien le costará muy caro, pues que tendrá que dejarla proseguir e irla dotando incasablemente, pues eso es lo que la sierpe pide: dote. [...] Y al serle negado el avanzar a la sierpe moviéndose

La *Sierpe* representa entonces “el camino del ser”, su imposibilidad de residir en lo Absoluto del Origen. En particular, la imagen de la *Sierpe enroscada* a un árbol se relaciona directamente a la analizada por Guénon en su *Le symbolisme de la Croix*. Como cuentan las tradiciones gnósticas, la *sierpe* es símbolo de la hélice trazada en torno al cilindro – el “tronco-Eje del Mundo” – que configura la *espiral del Ser*, el camino que conduce hacia los estados superiores. Así que el símbolo es utilizado para expresar la necesidad del ser humano después de su caída en la historia: la de buscar su unidad a través de un trayecto que lo lleva a un nivel espiritualmente más alto, lo que para Zambrano hace a la *persona*.

El mismo símbolo del Árbol aparece en otro importante texto de Guénon, *Symboles fondamentaux de la Science sacrée*³⁰ donde es explicado a partir de las doctrinas indias y de la Cábala, que desde luego Zambrano conocía bien. Sustituyendo la tradicional imagen cristiana de los dos árboles – el de *la Vida* y el de *Ciencia* – por un único árbol que tiene sus propias raíces hacia lo alto, quería representar la diferencia entre el mundo supra-cósmico y el mundo terrenal. A partir de ahí, la posibilidad de ver el Árbol derecho sólo puede ser realizada por quien se sitúa en el mundo divino. Es importante esta figura de la subdivisión entre *alto* y *bajo* porque resulta muy adecuada para describir lo que Zambrano siempre entiende por estructura metafísica, basada en la mediación entre las *entrañas* y lo *divino*: lo que está escondido puede revelarse sólo en una cierta condición de visión, de modo que lo que era *oscuro* pueda llegar a la luz. Toda la filosofía de Zambrano resulta ser, al final, la voluntad de revelar lo *sagrado* en la luz de la conciencia. Pero con la condición de que esta luz no sea la luz violenta del concepto, propia del pensamiento racionalista, sino una luz *auroral* que conserva y acoge lo *extraño* sin reducirlo. Todo esto necesita de una conversión espiritual del hombre y una conversión ética de la historia, de modo que el rescate de lo que está escondido conduzca hacia ese renacimiento cuyo portavoz es la razón poética.

A través de esta circulación, por la que el pensamiento se aproxima gradualmente a un *centro* desde el que es posible la revelación del ser, el camino que la “guía-razón poética” enseña parece similar al mostrado por la doctrina del *sufismo*. Algunos autores han resaltado las coincidencias entre las imágenes usadas por Zambrano en sus últimos textos y las típicas del sufismo. Pero es importante no considerar la de Zambrano como una “recuperación” de una práctica mística. Más bien, se trata de encontrar en el sufismo semejanzas con el modo de proponer la filosofía como “guía” que quiere ante todo “reconciliar vida y pensamiento”³¹.

circularmente, va sinuosa enroscándose en la recta que debería seguir, enroscándose a un tronco imaginario sin despegarse del suelo todavía. [...] Proseguirá siempre así su suerte, la suerte de la vida, de esta vida”.

³⁰ R. Guénon, *Symboles fondamentaux de la Science sacrée*, Gallimard, Paris 1962.

³¹ “Mas la filosofía que no ha humillado a la vida, se ha humillado a sí misma, ha humillado la verdad. ¿Cómo salvar la distancia, cómo lograr que vida y verdad se entiendan, dejando la vida el es-

Como es sabido, el sufismo es una corriente mística de origen coránico³² que enseña al iniciado el logro y la comprensión del misterio divino, por medio de un “viaje” del alma según “etapas” que comportan una progresiva transformación interior. A Zambrano le interesa sobre todo la idea de que la progresiva unión con Dios se cumple por *renacimientos* que elevan a una dimensión de mayor conciencia, incluyendo los estados vividos precedentemente. Ella siempre resalta la necesidad de rescatar el pasado de lo que ha sido vivido sin conciencia, y que ha de ser salvado por un pensamiento renovado para que sea posible un auténtico *renacer* en la verdad. Naturalmente, esta convicción comienza desde la reflexión sobre la Guerra Civil española y el conflicto bélico que la autora vive, extendiéndose durante su largo camino filosófico en cada ámbito humano meditado. Siendo trágica la experiencia vivida personalmente por ella, su sentido se extiende hasta una filosofía global de la historia que busca las raíces de sus errores y la solución en el renacimiento ético del hombre.

Además, en los textos de filosofía islámica Zambrano encuentra la representación de un modo de proceder que utiliza símbolos y nunca conceptos, y donde la revelación se abre a quien sabe reconocerla sin cercarla. Como ella enseña en su *Claros del bosque*: “No hay que buscar. Es la lección inmediata de los claros del bosque: no hay que ir a buscarlos, ni tampoco a buscar nada de ellos. Nada determinado, prefigurado, consabido”³³.

Lo que Zambrano quiere testimoniar con toda su obra es la predisposición de un pensamiento que, a diferencia del filosófico tradicional, no busca y no pretende poseer los objetos, sino que se acerca sin violencia por medio de actitudes fundamentales como la *atención* y la *piEDAD*³⁴. Esta es la disposición propia de la poesía, que humildemente desciende hasta las zonas de sombras y las acoge sin temor, sin reducirla a la *unidad*. Lo “poético” de la razón de Zambrano reside entonces en esta predisposición a la “acogida” que la filosofía parece haber olvidado. Naturalmente, eso nunca debe de ser confundido con la voluntad de sustituir el modo de proceder de la filosofía – transformación de lo *sagrado* en lo *divino* – por el modo de la poesía³⁵. La filosofía de Zambrano permanece siempre siendo filosofía, pero

pacio para la verdad y entrando la verdad en la misma vida, transformándola hasta donde sea preciso sin humillación?”, M. Zambrano, *La confesión, género literario* (1943), Siruela, Madrid 1995, p. 24.

³² Esta es la tesis del islamólogo Louis Massignon, ahora confirmada.

³³ M. Zambrano, *Claros del bosque...*, p. 11.

³⁴ El sentimiento de la *piEDAD*, fundamental en la obra de María Zambrano, es definido como el sentimiento capaz de “sentir »lo otro« como tal, sin esquematizarlo en una abstracción” (ead., *El hombre y lo divino...*, p. 216), es decir la actitud, propia de la poesía, de acoger lo *extraño* sin reducirlo. Además del importante capítulo *El trato con lo divino: la Piedad de El hombre y lo divino*, se recuerda el ensayo *Para una historia de la piedad*, publicado en la revista “Lyceum”, 5, febrero 1949, La Habana, pp. 6–13.

³⁵ Aquí se pone de manifiesto la diferencia entre María Zambrano y Antonio Machado: para ambos la *heterogeneidad del Ser* no puede ser captada por un pensamiento racionalista, y es nec-

se extiende hasta nuevos territorios inexplorados, “robando” los medios a la poesía. La razón “vuelve” desde los íferos en los cuales ha descubierto el origen y, bajo la luz de una conciencia nunca demasiado deslumbrante, los somete a la interpretación racional. Así, ciertas reanudaciones de la práctica sufí han de ser entendidas como una indicación sobre el justo modo de aproximarse a las verdades más íntimas y profundas.

Uno de los autores fundamentales para Zambrano es, sin duda, el islamólogo Louis Massignon, estudioso del místico iraní Al – Hallâj (Tur, 857-Baghdad, 922), y cuya obra *Parole donnée*³⁶ fué una lectura constante de la pensadora. Tanto esta obra como *L’imagination créatrice dans le soufisme d’Ibn ‘Arabî* de Henry Corbin, son fuentes de informaciones que se pueden considerar esenciales para la composición de los últimos textos de Zambrano. En particular, la doctrina del profeta Ibn ‘Arabî (Murcia, 1165-Damasco, 1240), expuesta por Corbin en su obra, demuestra cómo los mismos símbolos de *llama, centro, vacíos, balanza* están en la práctica sufí que se propone revelar el re-nacimiento ético y espiritual. Sobre todo, la importancia atribuida a la dimensión del *sueño*³⁷ – lugar donde se presentan los símbolos reveladores al iniciado – ofrece una semejanza iluminadora con Zambrano. Ella estudió los sueños durante un largo periodo, escribiendo obras como *Los sueños y el tiempo*³⁸ y *El sueño creador*³⁹. El símbolo y el sueño son modos y lugares donde, como para la mística sufí, se produce una revelación imposible por vía racional. Y, especialmente, persiste la convicción de que el hombre sea mucho más que lo que se puede reflexionar por conceptos, a la luz de la idea. El hombre es un ser oscuro y desconocido que se revela a quien sabe aceptar lo que siempre queda como *extraño* pero no por esto menos verdadero.

Zambrano busca, en sus últimos escritos, un lenguaje no convencional y que pueda hacerse espejo fiel de lo que ella entiende por razón poética. En los textos de filosofía islámica ella reconoce evidentemente un modo para revelar sin explicitar el camino que se tendría que emprender personalmente. La suya es una “propuesta”, una indicación para un *renacimiento* de la conciencia humana que no quiere presentarse como definitiva, más bien como “oferta” por medio de *señales* que su método invita a seguir y a descifrar. Por eso mismo el mensaje de estos te-

esaria la predisposición a la poesía. Pero, para Machado la metafísica poética es un *logos* distinto y contrastante con el *logos* de la filosofía, suficiente en sí mismo, mientras que para Zambrano la poesía no es suficiente, y se produce una recuperación de la actitud poética pero dentro de una metafísica filosófica.

³⁶ L. Massignon, *Parole donnée*, Du Seuil, Paris 1983.

³⁷ La práctica del *ta’wil*, según la hermenéutica chiíta, consiste en la interpretación simbólica del *Mundo imaginális*, lugar de las visiones teofánicas, y por lo tanto se muestra el cumplimiento de la Revelación profética al iniciado. Cfr., H. Corbin, *L’imagination créatrice dans le soufisme d’Ibn ‘Arabî*, Flammarion, Paris 1958.

³⁸ M. Zambrano, *Los sueños y el tiempo...*

³⁹ Ead., *El sueño creador...*

xtos se muestra difícil, y tergiversable: se trata de un anuncio que no quiere declararse, sino “aparecerse” a quien sepa reconocerlo, en su propia dimensión, como la obra-guía *Claros del bosque* intenta indicar. Por tanto, la razón poética es *auroral*, pues se introduce en la vida hasta alcanzar el sentir originario desde donde se rescata el origen; descubre el instante del renacimiento, lugar de pureza donde las sombras y la luz conviven en una mediación que cada día tiene que ser renovada. Razón mediadora y piadosa que se espera después de la crisis de la modernidad —esta “noche oscura de lo humano”⁴⁰ en la que el hombre queda abandonado—, y que al fin deberá reconciliar vida y pensamiento.

BIBLIOGRAFIA

- Andreu A., *Cartas de La Pièce*, Pretextos & Universidad Politécnica de Valencia, 2002.
- Corbin H., *L'imagination créatrice dans le soufisme d'Ibn 'Arabî*, Flammarion, Paris 1958.
- Guénon R., *Le Symbolisme de la Croix*, Éditions Traditionnelles, Paris 1947.
- Guénon R., *Symboles fondamentaux de la Science sacrée*, Gallimard, Paris 1962.
- Massignon L., *Parole donnée*, Du Seuil, Paris 1983.
- Moreno Sanz J., *Encuentro sin fin*, Endymion, Madrid 1998.
- Moreno Sanz J., *La razón en la sombra*, Siruela, Madrid 2004.
- Pertile M., “*Cara, il viaggio è cominciato*”, “Humanitas”, 3, Brescia, mayo-junio 2003, pp. 441–452.
- Weil S., *La pesanteur et la grace*, Librairie Plon, Paris 1947.
- Zambrano M., *Claros del bosque*, Seix Barral, Barcelona 2002.
- Zambrano M., *De la Aurora*, Tabla Rasa, Madrid 2004.
- Zambrano M., *Delirio y destino*, Editorial Centro Estudios Ramón Areces, Madrid 1998.
- Zambrano M., *El hombre y lo divino*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2005.
- Zambrano M., *El pensar sistemático: indicio, símbolo, razón, 1966*, [M-129].
- Zambrano M., *El sueño creador (1965–1986)*, Turner, Madrid 1989.
- Zambrano M., *La agonía de Europa*, Trotta, Madrid 2000.
- Zambrano M., *La confesión, género literario (1943)*, Siruela, Madrid 1995, p. 24.
- Zambrano M., *La Cuba Secreta*, in “Orígenes”, 20, La Habana, 1948.
- Zambrano M., *Los intelectuales en el drama de España*, Trotta, Madrid 1998.
- Zambrano M., *La perplejidad*, “Diario 16 (Suplemento “Culturas””, 19 octubre, 1986 Madrid.
- Zambrano M., *La tumba de Antígona*, Litoral, Málaga 1989.
- Zambrano M., *Los Bienaventurados*, Siruela, Madrid 2004.
- Zambrano M., *Los símbolos*, en “Semana”, 292, diciembre 1963, pp. 4–5.
- Zambrano M., *Los sueños y el tiempo (1960)*, Siruela, Madrid 1998.
- Zambrano M., *Notas de un método*, Mondadori España, Madrid 1989.
- Zambrano M., *Para una historia de la piedad*, “Lyceum”, 5, febrero 1949, La Habana, pp. 6–13

⁴⁰ Ead., *La agonía de Europa...*, p. 99.

RESUMEN

La Razón poética de María Zambrano tiene un *dinamismo* propio que sigue la *vivencia* de la vida, siendo su guía y su sustento. Así que no se puede someter a las categorías fijas del análisis interpretativo sistemático. Más allá del pensamiento tradicional, el *logos órfico-pitagórico* descubre otros caminos para abrirse a lo *extraño*. Los símbolos de las culturas orientales son uno de estos caminos; a través de ellos, Zambrano encuentra un modo diferente para llegar a revelación del ser.

Dentro de una análisis interpretativa, el mundo de los símbolos del *centro*, de la *balanza*, de la *llama*, de la *cruz*, y los de la practica sufi, ayuda a alcanzar el sentir originario desde donde se rescata el origen.

Palabras claves: Razón poética, *extraño*, símbolos, culturas orientales, centro, balanza, llama, cruz, origen.

SUMMARY

María Zambrano's poetical mind possesses its own dynamics that is parallel to vitality itself, that supports and leads her. So it is not easy to analyze and systematize it precisely. Orphic-pythagorean logos is searching for new, unknown to the traditional thought, ways to open up to all that is different. Among them are the Oriental cultural symbols. By them Zambrano finds her different ways to reach the discovery of existence.

Within the interpretation analysis a symbolic world of center, scales, flame, cross and also the symbols of the sufi meditation help to find the primeval feeling of where the beginning is.

Key words: poetical mind, difference, symbols, Oriental cultures, center, scale, fire, cross, beginning.

STRESZCZENIE

Rozum poetycki Marii Zambrano posiada swoją wewnętrzną dynamikę, równoległą do samej żywotności i będącej dla niej wsparciem i przewodnikiem. Nie sposób go zatem podporządkować ścisłym kategoriom interpretacyjnym systematycznej analizy. Logos orficko-pitagorejski poszukuje innych, nieznanych myśli tradycyjnej, dróg otwarcia się na to, co odmienne. Jedną z tych dróg stanowią symbole pochodzące z kultur orientalnych, poprzez które Zambrano odnajduje odmienne sposoby dotarcia do odkrycia bytu.

W obrębie interpretacyjnej analizy symboliczny świat centrum, wagi, płomienia, krzyża oraz symboliki zaczerpniętej z praktyk sufickich pomaga w dotarciu do pierwotnego odczucia, skąd wywodzi się początek.

Słowa kluczowe: rozum poetycki, odmienność, symbole, kultury orientalne, centrum, waga, płomień, krzyż, początek.